

Mascarell, Lola (2018). *Un vaso de agua*, Valencia: Pre-Textos: col. La Cruz del Sur, 62 pp.

Asumir el misterio. En eso consiste toda poesía que se precie de ser eso, poesía, y no reproducción, copia o recreación de otros poemas, autores, estilos, sentimientos, etc., elaborados o expresados anteriormente. Lola Mascarell (Valencia, 1979) ha publicado un libro no solo de bella factura, sino de hondo calado meditativo, desde la tradición clásica y mediterránea a la que se acoge, elegiaca y con profundidad introspectiva. En los 44 poemas de que consta *Un vaso de agua*, asistimos a una decantación reflexiva que posee como eje una fuerte y palpitante pulsión erotanática, la cual vertebrata todo el poemario. A partir de ahí se desgajan otras temáticas que van ramificándose, y llama la atención que el libro se halle tan bien imbricado, sin partes ni secciones, pues los poemas se van diciendo unos a otros a partir de los asuntos desplegados.

En el poema «Abrazo» (p. 17) nos advierte la poeta: «Detente en tu camino / y habita ese misterio.» (ibíd.). La conciencia de la finitud, tan presente en el conjunto, se engasta a la inexplicable razón de la existencia, ese misterio de vivir o puñado de intuiciones que nos empujan a seguir caminando, a pesar de sabernos «ser para la muerte», dicho en términos heideggerianos. Un misterio que transita todo el poemario hasta el final, hasta el exquisito poema, homónimo del libro, «Un vaso de agua» (p. 59), que admite que la vida es a veces un «sencillo misterio» (ibíd.). «Sencillez» (p. 34) que transita por estas páginas para desdramatizar: «Escribir por ejemplo / que el día se termina, / y que no pasa nada.» (ibíd.), aceptando que la cotidianidad se basa en el fluir, y que solo el enfoque de la mirada poética nos aporta algo distinto. Sencillez que, no obstante, no renuncia a las paradojas y a la complejidad: «¿Qué cosas no sabemos aun sabiéndolas?» (p. 39, de «Relieve»), o «Escucho los sonidos sin oírlos.» (p. 42, de «Unión»). Porque la poesía nos salva de vivir ese límite con angustia, o al menos nos consuela: «Quién pudiera caer como vosotras / sin dejar de cantar.» (p. 11, de «Música de los álamos», la primera composición). La poesía ensamblada al amor, como en «Aventura» (p. 36): «Que huyan los que no quieren estar / en esta beatitud de hallarse a salvo.» (ibíd.). Así se combate ese abismo entre las condiciones materiales de la vida que vivimos y los procesos de abstracción que realizamos para poder entenderla, desde una poética que evita la ciudad — con todas sus repercusiones — como espacio habitable, enfocándose hacia el campo, la montaña, el jardín y otros emplazamientos que, sin embargo, no debemos olvidar que han sido segregados desde la ideología de la ciudad, presentándose como escape, para configurar la propia intimidad.

Lola Mascarell pone en marcha una suerte de mecanismo gestáltico que quiere darle a las ideas su correspondencia con las cosas, como en «Idea de montaña» (p. 12): «En las noches a salvo, en nuestros pisos, / con las puertas cerradas y la colcha, / y quizá el radiador, y la cena caliente, / olvidamos la idea de montaña.», comienza, no solo para recordarnos los orígenes rurales del ser humano, sino su relación con la tierra, hoy olvidada: «un hombre está perdido / si deja que se escape / su idea

de montaña.» (ibíd.), concluye. Y «Peces» (p. 13) insiste en esa analogía. Menos es más, podría argüirse, en la dialéctica de lo concreto y el adorno, en la que este último siempre resulta superfluo cuando de lo que se trata es de descubrir en el poema lo que desde la teoría se va buscando, al menos como tanteo, y no olvidemos que en griego la palabra *theoría* significa «lo que se ve». «Regreso» (p. 52) resume bien esta precisión de significados, a base de pinceladas, así como «Plegaria» (pp. 15-16), que dice en una de sus estrofas: «Yo entonces no sabía / lo fácil que era todo y te nombraba / con nombres aprendidos en los libros / y pesaba la idea de saberte / como pesan los dogmas y los hierros.» (p. 16). Se trata de unir lo de arriba y lo de abajo, en este caso a través de la poesía, que es quizás el vínculo más efectivo para asegurar esa «Unión» (p. 42). El magnífico «Cima» (p. 24) ejemplificaría esto, pues nos relata el deseo o imaginación que crece al renunciar a la coronación de una montaña, y «La altura» (p. 35) nos explica esa estructura cognitiva, pues no aspiramos a una cuestión de cantidad, no a «un estado del ánimo / y no una cualidad / moral o metafórica, / [sino a] la fortuna de ver, / de ser en lo que veo, / más pájaro que cielo.» (ibíd.).

«Lo cíclico» (p. 14), por tanto, aparecerá como una manera natural — los ciclos vegetales, la renovación periódica de la naturaleza y el mundo — de comprender esa ansiedad de transcendencia y esa necesidad de aferrarse a algo, como un asidero: la ascensión de la muerte como fin último, la fugacidad de nuestro paso por la tierra, y una tendencia censista para atrapar los momentos, en un *carpe diem* que se encontrará muy presente en todo el poemario, creando atmósferas lumínicas, de recuerdos, donde se desarrolla una hipersensibilidad y se percibe lo mínimo: «Ya me alcanza el ciprés. Suben hormigas / por el tronco fugaz de su silueta, / aterriza una mosca en una flor, / el pájaro repite milimétrico / su trino en variaciones imposibles.» (p. 42, de «Unión»). El despliegue de los sentidos, al menos, compensa esa seguridad de «ser para la muerte», y contrarresta la balanza del Tánatos, con una serie de poemas amorosos: «Equilibrio» (p. 22), «Músculo de la alegría» (p. 40) o «Y bastará tu nombre» (p. 44), desde la presencia del otro en un continuo diálogo, hasta su ausencia en «George de la Tour» (p. 32), pasando por la realización explícita del deseo y el erotismo, como «Antes de dormir» (p. 38), que reproduzco íntegro por su brevedad: «Aún no han detenido / las piernas su vaivén y ya se viene / como un suave bostezo esa tensión, / un mínimo arquearse de tu espalda, / el rumor de lo líquido que sube / y contiene la vida, / mi boca que se llena, el oleaje, / la intensa plenitud, / tu muerte pasajera todavía.» (ibíd.), aludiendo a *la petite mort*, ese periodo refractario que ocurre después del orgasmo, ese estado de desvanecimiento, que tan bien analizara Georges Bataille.

El verano y «Agosto» (pp. 48-49) como momento de esplendor del poemario, la vida — «cresta del mundo» (p. 48) — y los cuerpos, de la plenitud del sentir, se despliega en la última parte, a modo de presente perpetuo, como en «Presente» (p. 50), para rubricar todo lo expuesto hasta ahora, afirmación del ser y la poesía como método de volver a sentir. Agosto se escapa en «Espino» (p. 51), pero eso no impide que la poeta se empeñe en aferrarse al mundo, a los objetos y a las cosas, como en «Objetos» (pp. 53-54): «Hay algo de mi muerte en cada objeto, / algo sólido, tonto, intrascendente, / tan breve y pasajero como yo, / que me agarra a la vida.» (p. 54). Sin cuestionarse

demasiado el porqué, la voz verbal y sostenida sigue adelante, apurando ese vaso de agua que es la vida y que da título al volumen...

Todo esto y mucho más que queremos dejar descubrir a los lectores, se puede leer en este excelente poemario, que confirma a una autora de pasos seguros, una garantía para las letras españolas contemporáneas.

Juan Carlos Abril